

SOROKIN, Pitirim A.: *Sociedad, cultura y personalidad*. Su estructura y su dinámica. Sistema de Sociología General. Ediciones Aguilar, 1969. 1.164 págs.

Recordemos el pensamiento de Sorokin a la vista de esta nueva edición de su fundamental obra. El conocido sociólogo, recientemente fallecido, no quiso en ningún momento romper con las grandes directrices trazadas por los maestros del siglo XIX. No creyó en el triunfo de la sociología empírica americana. La sociología para Sorokin tenía que seguir siendo abstracta y teórica, al mismo tiempo que constituir todo un sistema integral de la sociedad y de la cultura. Pudiera aparecer por esta razón ante muchos «hombres prácticos» como una preocupación académica sin sentido práctico, divorciada de la realidad concreta y desprovista de todo valor utilitario. Frente a los que así piensan, les recuerda cómo en la mayoría de las grandes revoluciones contemporáneas, reformas y construcciones sociales, fue una sociología de este o aquel tipo la que se constituyó en guía e ideología directriz.

El objeto de la sociología así entendida consiste en el examen de estos tres problemas fundamentales: 1.º Un análisis de las características esenciales de los fenómenos socioculturales en sus aspectos estructurales; 2.º Un estudio de las formas principales y recurrentes de los procesos sociales en sus aspectos dinámicos; 3.º La interdependencia de las diversas clases de fenómenos socioculturales en la formación de la personalidad humana.

En el estudio sobre las principales propiedades estructurales de los fenómenos socioculturales, Sorokin examina en primer lugar la estructura social, luego la cultural y a continuación las relaciones existentes entre ambas. Es conveniente detenernos en algunas nociones preliminares usadas por él con relativa frecuencia y sin cuya comprensión toda su obra resultaría inasequible.

Punto de partida de todo fenómeno social es la «interacción». Por *interacción* se entiende «todo evento con que se manifiesta en un grado tangible el influjo de una parte sobre las acciones exteriores o los estados mentales de la otra». Para que la «interacción» se tenga en cuenta por la sociología ha de constituir un fenómeno sociocultural, ha de tener *sentido*. Todo proceso de interacción humana dotado de sentido, se compone de tres factores: los *seres humanos* que piensan, actúan y reaccionan como sujetos de la interacción; las *significaciones, valores y normas* por las cuales los individuos interaccionan realizándolas e intercambiándolas en el curso de la interacción; las acciones externas y fenómenos materiales en su calidad de *vehículos o conductores*, a través de los cuales son objetivadas, solidificadas y socializadas las significaciones, valores y normas.

Sorokin estudia luego las clases de *interacción y las diferenciaciones y estratificaciones sociales*. Los procesos de interacción entre las partes pueden ser ante todo *inorganizados, organizados o desorganizados*. La característica central de una interacción organizada (grupo, institución



o sistema social) la constituye la presencia en ella de normas *jurídicas* en su calidad de factor regulador y de control de la conducta de los sujetos. Se acepta una definición formal de las normas jurídicas que las distingue claramente de otras reglas de conducta. El grupo inorganizado o desorganizado no posee estas características. Es amorfo en todos sus aspectos. Carece de «normas jurídicas» en sentido estricto. Desde otro punto de vista, puede ser la interacción *solidaria*, *mixta* o *antagónica*. La interacción es solidaria cuando las aspiraciones (significaciones y valores) y las acciones exteriores de las partes concurren y se ayudan mutuamente en la realización de sus objetivos. Es *antagónica* en caso contrario. Es mixta cuando las aspiraciones de las partes coinciden armoniosamente, pero su conducta objetiva frustra la realización de los objetivos. Esta clasificación, a diferencia de la anterior, es enormemente confusa. En lo que sí parece Sorokin muy acertado es en la clasificación que propone de las formas de interacción en *familísticas*, *compulsivas* y *mixtas*, pues al fin y al cabo se trata de una exposición más detallada por todos los sociólogos: asociación, comunidad y organización. Obsérvese que, sin embargo, se esfuerza por querer distinguir su clasificación de todas las demás existentes.

Dentro de los grupos anteriormente enumerados, se encuentran a su vez otros subgrupos que vienen a constituir la diferenciación de los mismos. También éstos pueden clasificarse con arreglo a diversos criterios. Los subgrupos *univinculados* están centrados en torno a un valor principal (por ejemplo, los partidos políticos); los *multivinculados* están constituidos por una combinación de dos o más valores univinculados (así las entidades locales y las clases sociales). Dentro a su vez de cada uno de estos subgrupos se encuentra un orden de situaciones sociales en superiores o inferiores, altas o bajas, dominantes o subordinadas. Estas situaciones sociales más o menos jerárquicas constituyen la *estratificación*.

Evidentemente, tratamos de dar una idea lo más clara posible de la tesis de Sorokin que en sus obras resulta mucho más complicada. Al no existir un método riguroso formalista, como el de Von Wiese, que Sorokin se apresura a rechazar, las clasificaciones atienden a los más dispares criterios, abarcando prácticamente todos los campos de las disciplinas sociopolíticas.

El elemento básico de este sistema de interacción social es la *cultura*. Cada cultura más o menos independiente (supersistema) se caracteriza por una *norma central* o *idea dominante*. Sorokin hace una clasificación de los supersistemas, así habla del *sensible* en el que los hombres reconocen como fidedignos sus sentimientos, y del *ideacional* en el que reconocen las verdades de la fe, situadas al margen de las expresiones sensoriales. La combinación de los supersistemas sensible e ideacional produce un tercer sistema de verdades: el de la *razón* o *supersistema idealista*. El carácter y contenido del sistema sociocultural determina toda la estructura de la sociedad y de la cultura en general. Si se conoce el sistema de *verdades* predominante en la sociedad, puede formarse



una idea sobre el carácter de su arte, literatura, música, filosofía y ética, así como de los tipos fundamentales de relaciones sociales.

El primer proceso universal, básico y siempre reiterado en el campo de la *dinámica cultural* es el nacimiento del sistema. Todo sistema cultural empírico atraviesa tres fases fundamentales: la concepción de los significados y valores; la objetivación de los mismos en los vehículos; su *socialización* entre los miembros. Como señala nuestro maestro Legaz y Lacambra, en Sorokin la socialización no es simplemente la descripción de un hecho que sucede sin más a un ritmo predeterminado. Sino que se trata de un «deber ser» para toda agrupación humana, si es que realmente quiere lograr el máximo desarrollo cultural de los seres humanos que la integran. La *socialización* más que un hecho es una pauta a seguir.

Los promotores de los grandes sistemas culturales son siempre una *minoría*. Aquí las influencias de Pareto, Michels y Mosca resaltan a simple vista. Muy de acuerdo con Toynbee, al cual le une una gran afinidad intelectual, Sorokin sublima el papel de las élites en el desarrollo histórico. «Sólo un pequeño número de individuos dentro de un número también pequeño de agrupaciones son capaces de concebir tales sistemas» (página 860).

Claro está que siempre existirán unos factores primordiales que facilitan la actividad de las minorías creadoras. Entre ellos, la herencia tradicional, la necesidad imperiosa de un nuevo sistema, la fertilización por cruces, al azar y la libertad cultural.

La *personalidad* es un microcosmos que refleja el macrocosmos socio-cultural en que el individuo nació y vive. La vida del individuo está más determinada por este macroorganismo que por sus mismas propiedades biológicas. Este enorme dominio sobre la personalidad humana del superorganismo sociocultural, se manifiesta en la determinación de si un individuo ha de *nacer o no*; en la determinación de las propiedades *biológicas* del organismo; en que aprisiona el ambiente y fija el primer papel del organismo recién nacido y todos los múltiples papeles subsiguientes que ha de desempeñar el nuevo ser; en que condiciona la clase de personalidad, mentalidad y conducta que se injerta en la armazón biológica, un tanto indefinida.

La personalidad del individuo se halla determinada en un momento dado por la resultante neta del conjunto de actividades de todos los principales grupos uni y multivinculares y de los estratos socioculturales con sus solidaridades, antagonismos, sus luchas y sus alianzas. Con ello queda descartado todo intento de buscar una determinante primordial, ya espiritual como en Weber, ya económica como en Marx. Estas teorías, que llama Sorokin *teleológicas* porque intentan a toda costa establecer una relación entre medio (un factor estructural determinado) y fin (conducta social), deben a su juicio descartarse de todo tratado sociológico. El acepta la tesis científica de que «el pájaro tiene alas y por ello puede volar» y no la seudocientífica de que «el pájaro tiene alas para poder volar». Con esta metodología llega a las siguientes conclusiones: a) Es paralelo al desenvolvimiento psíquico de un individuo y al desarrollo

de la estructura sociocultural. *b)* El pluralismo de los yos en el individuo es un reflejo del pluralismo de los grupos. *c)* La verdadera posición social de un individuo en el universo cultural está determinada por la totalidad de los grupos y de los estratos a que pertenece.

Mas no basta conformarse en el mundo moderno con cualquier forma de acción sociocultural. Es preciso lograr una solidaridad e integración cultural para la personalidad del individuo lo más completa posible. Y «si queréis tener un grupo solidario, haced que sus *convicciones jurídicas* y sus normas morales sean regidas por los principios del amor y de la ayuda mutua e inculcad estas normas tan profundamente en su personalidad que se convierta en su segunda naturaleza y se traduzca infaliblemente en las acciones y vehículos de las partes» (pág. 198).

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

SVOBODA, Robert, y otros: *La vida, amenazada*. Razón y Fe. Madrid, 1969. 295 págs. (Traducción del alemán por M. Revuelta, E. Parra y J. Sobrino.)

Es un aldabonazo enérgico para las conciencias rectoras y élites intelectuales de nuestros días y para toda persona reflexiva y con espíritu crítico. ¿Nuestro estilo de vida, personal y colectiva, está a tono con el estado de los conocimientos científicos y con el «sprint» vertiginoso de los adelantos técnicos? Los «acelerones» y «demarrages» de la historia se están sucediendo en nuestros días a tal ritmo y con tal profusión que corremos el riesgo no ya sólo de «quedar descolgados», sino incluso de quedar «deshechos» y en la cuneta, al margen de la carrera por la conquista del espacio y del consumo masivo. El progreso es algo sustancialmente bueno y valioso para el hombre y para los conjuntos humanos, pero entraña en sí riesgos muy cualificados y crecientes para el desarrollo de la vida misma en sus soportes y estadios biofitológicos y biológicos en general. La vida en su conjunto—y más específicamente la salud y «forma» física del hombre—parecen afectadas de un modo funesto y potencialmente catastrófico y hasta apocalíptico por los «desafíos» múltiples del progreso. ¿No hablamos a todas horas de esas «enfermedades de la civilización»—corazón, nervios, cáncer, criminalidad—, que parecen convertir en pírricas todas las victorias del progreso? Junto a esas plagas de la sociedad del consumo y la técnica, están otros riesgos no menos graves: regresión biosomática general, debilitamiento y disminución de nuestra capacidad de resistencia y de trabajo e iniciativa. ¿Puede hablarse no ya sólo de la «decadencia de Occidente» sino de una regresión general de la humanidad y hasta de la vida en su conjunto? La misma centuplicación de la producción y del consumo parece condenarnos irremisiblemente a la obesidad suicida, al frenesí de lo nuevo y al envenenamiento crónico—progresivo y acumulativo—por las sustancias químicas con que «aliñamos» los alimentos o defendemos los frutos de nuestros campos contra las plagas. Ideologías del resentimiento